

"La Boda Boliviana" o una breve noche de amor antes de partir a la Guerra del Chaco - Novela de Gudrun Pausewang

Por: Gladys Dávalos Arze

En "La Boda Boliviana" la escritora alemana Gudrun Pausewang escribe sobre "el Día de Todos Santos - que para los indios del Altiplano no es una fecha de tranquila meditación, sino más bien una fiesta, que se celebra en el cementerio, en medio de las tumbas de sus muertos. Se canta, se baila, se come y se bebe. Se instala una especie de mercado y, esta vez, también se lleva a cabo un boda. Pablo, el novio, debe partir al día siguiente a la Guerra del Chaco, que se disputa entre Bolivia y Paraguay. Él y su novia, es más, ninguno de los invitados a la boda, quiere aceptar lo que cuenta el ciego Manuel del infierno de la guerra...

"El énfasis de la novela, sin embargo, no está en destacar a este personaje desdichado", escribe Helene Henze en el periódico "Frankfurter Allgemeine". "El efecto más fuerte surge del acontecer nada dramático, de la joven pareja, que olvidando las crueles revelaciones, se echa esperanzada en medio de las tumbas para pasar una breve noche de amor, cerca de la tumba de la madre del joven, sobre todo; surge de las palabras sencillas, que se dicen el uno al otro y de las que dirige a sus muertos, de una lengua que parece recién nacida".

Algunas páginas trascendentales del libro conmueven al lector hasta la médula.

Por ejemplo, aquellas líneas en las que el ciego Manuel quiere a toda costa narrar a la pareja de novios la forma en la que perdió la vista, "para que les duela"; "No me voy a ir (de la fiesta) hasta que todos hayan escuchado mi historia. Ustedes tienen tanto miedo, que lo que más quisieran en este momento, es taparse los oídos... y seguir creyendo en las historias que les cuentan los oradores de la Plaza de Marga-Marga.

Antes los he escuchado yo y me fui volando al Chaco para participar. Y los he escuchado ahora. Todo es pura mentira. Les están mintiendo. A lo mejor se mienten a sí mismos, pero en todo caso, les mienten a ustedes. Deberían dejar hablar a alguien que ya estuvo allí. Ahí saldría todo a la luz. Por eso quiero contarles ahora la historia de mis ojos".

"Ten consideración por la novia", susurró el padre de ésta. "Ella no tiene por qué saber lo que está pasando allá".

Pero Manuel echaba espuma de rabia. "Ah, ¿así que ustedes son los novios?"

Entonces les voy a contar con más ganas todavía. Quiero que escuchen todo lo que yo tengo que decir. ¡Quiero que se sueñen con lo que les voy a contar!!"

La pequeña hermana de la novia se agachó hacia adelante, sus ojos brillaban de la expectativa. Sí, pensaba ella, que cuente, yo quiero escucharlo, aunque sea espantoso, yo nunca he oído cómo uno pierde los ojos. "Cuenta nomás", dijo ella despacio.

"Había un claro grande", continuó él. "Se necesitaba de un buen cuarto de hora, para cruzarlo. De la mitad más adelante había un edificio en ruinas, al lado había un jardín amurallado. Era una antigua estación de misioneros. La habían construido los jesuitas. Tenía inclusive una capilla con torre. Pero en este momento estas murallas muertas estaban ocupadas por los guaraníes. Se suponía que nosotros teníamos que asaltarla, pero no sabíamos cómo. En el claro no crecía ni un solo árbol, ni siquiera un arbusto... "Y Manuel, el ciego, narra cómo con un

compañero de armas se acerca hasta las ruinas y, ya muy cerca de ellas, es abandonado cobardemente por éste, Manuel observa de lejos a varios de los soldados paraguayos, sentados en el patio, cerca de un pozo de agua, platicando en voz baja y después, cantando. En eso, él escucha una voz detrás suyo y cree que es su compañero que, arrepentido de haberlo abandonado, ha vuelto, pero no es así. Para su sorpresa, se trata de uno de los monjes jesuitas que habitaba las ruinas. El sacerdote trata de persuadirlo para que no acate las órdenes de tomar las ruinas, pero a Manuel no hay manera de hacerlo cambiar de idea. Saca valor de donde no hay y degüella al cura paraguayo, quien cae a sus pies. En esta acción pierde Manuel mucho de su valor, energía y tiempo. Las órdenes eran expresas de tomar las ruinas en el menor tiempo posible. Sin embargo, ahora, con un muerto a sus pies, la figura ha cambiado; Manuel toma conciencia de la situación, está solo y demasiado cerca de los soldados guaraníes. El tiempo pasa, el calor mata. A mediodía el hambre es terrible, pero la sed es peor aún. Manuel piensa sólo en la manera de llegar hasta el pozo y tomar agua, pero la hediondez del muerto atrae a las aves de rapiña y él está temeroso de que los paraguayos se den cuenta de su presencia al descubrir al jesuita muerto.

Afortunadamente, los soldados, inactivos bélicamente en ese momento, empiezan a disparar a las aves, apostando quién tiene mejor puntería. Y así Manuel permanece quieto durante todo el día, oculto entre los matorrales. Cuando empieza a oscurecer, se aleja del cuerpo en descomposición del jesuita y aguarda. Los paraguayos sacan una guitarra y comienzan a cantar. De tanto verlos, ya casi los conoce a todos: al gordo, al jorobado, a uno que era casi un niño todavía, y al cocinero. También al oficial y a los dos suboficiales y a los diferentes cambios de guardia. Encienden una fogata y empiezan a cantar. Cantan una canción que él también conoce.

Manuel se arrastra de entre los matorrales, sale y en el momento de ser visto por uno de los enemigos, lanza una granada de mano en medio del patio, se tira y aprieta su cuerpo fuertemente al suelo. Las esquilas vuelan. Uno de los guaraníes chilla de dolor, como una mujer, pero pronto enmudece.

Manuel levanta la cabeza y acecha en silencio. Nada se mueve. Se arrastra hasta la ventana donde ha visto sobresalir cabezas durante el día. Lanza la segunda granada. Respira polvo y espera a que pase el eco. Se tropieza con la guitarra. Las cuerdas retumban. Ese sonido le hace entrar miedo. Se tira nuevamente y espera que ocurra un asalto desde la oscuridad, a lo mejor un disparo, alguna señal de vida.

Empero sólo reina un silencio mortal. Sólo se oye el ruido de la cascada del agua del pozo. Luego de lanzar su última granada en otra área de las ruinas y de escuchar un grito espantoso, pero que le era preferible al silencio, oye el lento estertor de alguien.

Manuel respira aliviado. Ahora ha cumplido las órdenes, ahora podría venir su gente.

Con certeza, ya deberían estar cruzando el claro. Mientras, se va acercando al pozo.

Lo que ve es espantoso, pero más puede ahora su sed. Sólo oye el murmullo del agua.

Siente toda la endemoniada sed acumulada del día entero y caluroso y se lanza. Lo último que ve, es la gorra de uno de los paraguayos sobre la cabeza de uno de los ángeles que adornan el pozo. En el momento en que el chorro de agua refresca su garganta, piensa una fracción de segundo que debería haber verificado si todos estaban muertos, pero la sed puede más, se aferra al chorro de agua y cierra los ojos. "Ya no cuentes más", grita la madre de la novia y se tapa los oídos, ¡ya no quiero oírlo, nadie quiere oírlo!" Manuel se ríe, "Sí, ahora viene. Creánme, ya no me afecta en lo más mínimo. Yo me cuento a mí mismo la historia una y otra vez, tantas veces, que ya casi no me duele. Nada les voy a ahorrar. Si no quieren oír, tápanse los oídos".

Pero nadie se tapa los oídos. "Estaba tomando, cuando de pronto la detonación de un disparo rompió el silencio y un dolor hizo trizas mi cara. Tambaleé, golpeé con la frente el borde del pozo, me revolqué en el suelo, chillé de dolor e hice bulla por todos los que estaban en el suelo. De repente estaba todo oscuro, agrandaba los ojos, pero los párpados no me obedecían. Me toqué los ojos y me tope con un puré. No lo podía creer, me echaba de espaldas y miraba hacia el cielo. No había estrellas. No sé cuánto tiempo estuve ahí tirado sobre el patio del monasterio, tal vez hasta la mañana del día siguiente. Tal vez creyendo que yo iba a morir en la noche, pero yo soy duro.

Era un tiempo interminable. Donde sea que me tocara había sangre; en la cara, en el cabello, en el cuello, en la boca y aún así, no estaba muerto. Con rabia y miedo esperé a mi gente. Ya tendrían que haber llegado hace rato. ¿Dónde estaban? De ellos esperaba venganza y algún tipo de salvación de la oscuridad".

Pero los que vienen son dos de los paraguayos que aún quedaban vivos. Lo levantan en andas y lo llevan hasta el pozo. Le refrescan las heridas con el agua. Ahí se entera que uno de ellos lo agujereó con la escopeta de caza que colgaba de la pared del cuarto del jesuita. Y luego lo envían, burlándose de él, de vuelta a "lo de sus amigos incas". Lo empujan para que se vaya, y Manuel tropieza, casi loco de dolor, da vueltas en círculo y los paraguayos se mofan de él cruelmente.

Hasta que finalmente lo largan al claro y, muerto de miedo, Manuel lo cruza hasta que alguien lo toma del brazo; era el compañero que lo había dejado solo. Asustado, Manuel pregunta quién es y toma su cuchillo instintivamente para defenderse. "Deja eso", le dice el otro, "deberías haber echado pies en polvorosa, como yo. Mira lo que sacaste de esto ahora..."

Traducción de fragmentos del alemán:
Gladys Dávalos Arce, escritora boliviana.